

Rebelde

Writer

Nunca he tenido una relación fluida con mis personajes.

Soy el demiurgo que los crea, que los moldea con el barro de las palabras y les insufla vida, y eso me otorga la potestad de manejar a mi antojo los hilos de sus destinos. Tirano me llaman a veces. Otras, con esa riqueza proverbial de nuestro idioma, me lanzan una andanada de sinónimos y me tildan de dictador, déspota u opresor, y todo porque no les concedo existencias cómodas, porque les inflijo sufrimiento en las novelas de las que son protagonistas, pero ¿qué interés tendrían estas historias si fueran un idílico campo de fresas? Para mis criaturas soy un remedo de dios cruel que las hace caminar descalzas por sendas sembradas de cristales. Al fin y al cabo, es lo mismo que hace ese Dios todopoderoso en el que tantos creen, no hay más que ver la colección de enfermedades, catástrofes naturales y guerras con las que nos obsequia desde los albores de la humanidad.

A veces mis personajes intentan rebelarse, pero enseguida les coloco el yugo y los reconduzco, porque no es cierto eso que repiten en las entrevistas algunos escritores de sonrisa autosuficiente, falaces vendedores de humo que parecen estar revelando un extraordinario suceso: que los personajes adquieren voluntad propia escapando así de los designios de su creador. ¡Qué estupidez! ¿No se dan cuenta de que afirmando esto se convierten en meros cronistas de hechos que en ningún momento controlan? Yo me niego a representar ese insulso papel, no es propio de un verdadero escritor, por eso mantengo este pulso tenso con Carmen, para demostrar que estoy en lo cierto.

El conflicto ha surgido en mi última novela, la que estoy escribiendo durante las noches insomnes en las que me ampara la inspiración. Se trata de una obra en la que el principal protagonista siente una atracción magnética por la vecina recién llegada. Carmen es un poderoso imán que produce turbulencias en la sangre de Jorge, que sacude con fuerza el hierro de su hemoglobina. El día que la contempló por primera vez en el jardín de su casa, ya supo que estaba hechizado, que lo inundaba con vehemencia un deseo superior al de otras ocasiones. Él es un tipo alto, abundante cabello negro, no excesivamente guapo pero dotado de un extraño encanto que suele seducir a las mujeres, de ahí que, seguro de sí mismo, una mañana decida saludarla y presentarse iniciando así un cortejo en el que deposita fundadas esperanzas. Según el desarrollo de mi argumento,

ella se muestra simpática y receptiva, y comienzan una amistad en la que aumenta la frecuencia de los encuentros, conversan, ríen e incluso un día él le propone una cena en casa que Carmen acepta. Hasta ese momento se había mantenido mi esquema. Jorge flirtea, se quema por dentro de pura avidez por besarla, pero se contiene cuando ella le confiesa que está saliendo de una complicada relación anterior. Ya habrá otras ocasiones, se dice, tal vez otra cena, y, en efecto, esta tiene lugar una semana después. Ahí fue cuando surgió el primer conflicto, o más bien el impacto. De manera asombrosa, mis dedos no siguieron el dictado de mi mente, teclearon una escena distinta a la que yo había pergeñado, porque en este segundo encuentro en casa de Jorge, cuando él ha unido sus pupilas con las de ella y ha rodeado suavemente con una mano su nuca, ella debería haberle correspondido con un beso de labios blandos y húmedos. Sin embargo, él ha notado la rigidez de su cuello y cómo aumentaba la distancia entre sus bocas. En un instante se hizo añicos la magia de la escena y una esquirra me dejó estupefacto. ¿Cómo era posible? ¡Yo no quería escribir eso! De inmediato, borré ese párrafo y lo rehíce según mi dictado, ahora sí, abandonándose ella a un apasionado beso que también ha estado anhelando.

Supuse que fue a causa del cansancio, del sopor alucinatorio que producen las noches bajo la vaporosa luz del flexo, y no le di más importancia. Sin embargo, este tipo de contratiempos durante el proceso de escritura se fueron haciendo recurrentes, noté una resistencia tenaz en Carmen por aceptar el rol que yo le había asignado. Según mi guion, ella es una persona con las ideas enmarañadas por la experiencia con su última pareja, tanto es así que se ha prometido dejar a un lado el amor y cambiar de aires recalando en la ciudad de Jorge, pero él, paulatinamente, va deshaciendo los nudos que la mantienen sentimentalmente maniatada y va conquistando terreno. Yo había preparado el camino para que mantuvieran su primer encuentro sexual, una escena tórrida en la que copulan con el frenesí de quienes descubren por primera vez sus cuerpos largamente ansiados. Nada de eso apareció en la pantalla de mi ordenador. Carmen, cuando él le pone la mano encima y respondiendo a otro tipo de lógica, la de una mujer con una traumática experiencia amorosa, se la aparta, lo rechaza con un empujón y huye de la casa de Jorge. Tuve que frotarme los ojos. Era como si un trance hipnótico doblegara la inercia de mis dedos para que se posaran en las teclas equivocadas, para que escribieran los renglones torcidos sin mi aquiescencia, y me supuso un esfuerzo titánico recomponer los hechos según el plan previsto, batallar contra la invisible fuerza que tensaba mis manos, que intentaba dirigirlas hacia las letras que yo no deseaba pulsar.

Por algún extraordinario y desconocido proceso, Carmen parecía resistirse a mis designios, a dejarse conquistar por un tipo con el atractivo de Jorge, como si tuviera voluntad propia, pero yo no podía admitirlo, esas estupideces que algunos escritores engolados proclaman con sonrisa de anuncio de dentífrico, como si dijeran algo muy profundo y asombroso, los personajes cobran vida propia, no, eso no va conmigo, pero reconozco que está resultando agotadora la escritura de mi nueva novela, doblegar continuamente lo que Carmen pretende hacer. Me está consumiendo su redacción, ya no duermo ni durante el día presa de una actividad febril para rehacer una y otra vez lo escrito. Así no puedo seguir, no puedo. Me levanto con frecuencia y voy al baño para refrescarme la cara, para intentar con cada manotazo de agua despejar esta especie de niebla que me embota el cerebro, y entonces me miro al espejo y observo las profundas bolsas que sostienen mis ojos, mi denso cabello negro, veo a un hombre alto no excesivamente guapo que no obstante siempre ha tenido éxito con las mujeres, casi siempre, pero ahora además contemplo el desgaste que mi nueva obra me está produciendo y me digo que hay que tomar medidas, que tengo que darle un giro a la novela, que, si quiero por fin descansar, no me quedará otro remedio que ordenarle a Jorge que acabe con la vida de Carmen, que la entierre en algún lugar apartado del jardín.

A veces, cuando la fatiga me supera, descanso durante un tiempo mirando a través de la ventana. Me gusta la coreografía de los árboles bajo la batuta del viento, me relaja la arquitectura de mi jardín tan primorosamente diseñado. Más allá se encuentra el de la vecina que llegó hace unas semanas, decadente, tan solitario ahora...

* * *

Mi nombre es Carmen y soy un personaje de una novela en la que nunca aspiré a participar, una obra en la que soy el alter ego de otra mujer, en la que Jorge es el alter ego de otro hombre, ambos habitantes del mundo real. Pero estoy incluida en esas páginas y es algo que no puedo evitar. Sin embargo, aún me queda la lucha, la rebeldía, la resistencia. No me doblegaré a los designios del escritor, no me dejaré seducir por las artes de Jorge. Hay algo en él oscuro y taimado, he conseguido traspasar la máscara con que intenta camuflar su verdadera naturaleza. Últimamente no me produce solo rechazo, sino también miedo. Adivino en él, ante mis constantes negativas, una intencionalidad sórdida que me ha puesto en guardia. Es lo único que me queda, luchar, luchar y luchar, oponerme a que mi destino sea funesto, para que no me ocurra como a mi alter ego del mundo real a quien el escritor hijo de puta asesinó y enterró hace unos días en el jardín.